



Alán Arias Marín

México: ¿quiebre en las élites?

Los datos duros de la realidad económica y su correspondiente debate social, tanto de expertos como de los no tanto (Slim), nacionales y del exterior, siguen siendo implacables. Las cotas alcanzadas por la violencia del conflicto armado del narcotráfico y el empeño equívoco de "la guerra" gubernamental en su contra son de una magnitud y un horror probablemente ya inenarrables (la banalización del mal permea la cultura cívica), van al alza y no se avizora ninguna disminución. La mediocridad de la política mexicana, la anomia de su clase política profesional, que pretende monopolizar la acción política y sí monopoliza efectivamente los cuantiosos recursos públicos (de origen ciudadano) deambula endógena en su solipsismo corto-placista, ávidos de poder, pese a sus limitaciones manifiestas —en lo técnico y en lo político— para el comando público; confían en la taumaturgia de las elecciones para recargar la deficitaria y cualitativamente deteriorada legitimidad del régimen, del que son beneficiarios exclusivos; su patetismo significa problemas de legitimidad e insuficiente gobernabilidad.

Habrà que insistir que se asiste a una crisis sistémica, que sus tres vertientes interactúan entre sí con sinergia perversa, que ha sido incubada a lo largo de lustros; que —en particular— la crisis económica global se articula con la extrema fragilidad del estancado crecimiento económico, el explosivo déficit en el empleo (paliado por la emigración), el peso de la informalidad que incuba las condiciones de la economía gris y la criminal, la creciente dependencia de las remesas y de la exportación

irresponsable de petróleo (el dramático abatimiento de producción y reservas), así como la fragilidad fiscal del Estado y su dependencia presupuestal del petróleo (40% del gasto público).

Así las cosas, con una debilidad patológica de la economía y uno de los sistemas de distribución de la riqueza más extremadamente desiguales del planeta, amén del peso de casi la mitad de la población en condiciones de pobreza o pobreza extrema, la crisis global desatada en USA (+ del 80% del comercio mexicano) arraiga y extrema en la subyacente y persistente crisis mexicana. Es por ello, que el FMI observa una desaceleración a velocidad no prevista de la economía mexicana. Sus causas: debilitamiento de las importaciones estadounidenses, descenso de remesas, restricción financiera de créditos, altas tasas de interés, además, de la baja —mediano

plazo— de los ingresos petroleros, sin olvidar el peso de la crisis de seguridad, la violencia y la presencia ostensible del crimen organizado que repercutirá negativamente en el crecimiento económico, la inversión externa y en el clima de negocios en general.

Ante lo agresivo de la realidad el presidente Calderón se parapeta en la descalificación retórica, asimila la crítica al catastrofismo e insiste tozudamente en la inacción y el engaño mediático; recicla programas pretéritos inaplicados, los conjunta y los vuelve a presentar con preocupante autosatisfacción personal y alarmante vacío práctico. Aislado por el autoengaño y la obsecuencia de sus

colaboradores cercanos parece vivir una realidad rotundamente diferente a la del resto de los ciudadanos.

Ya no hay distancia sólo respecto de los sectores toscamente impactados por la recesión y el desmantelamiento de las redes de protección, los casi un millón de desempleados (en la economía formal e informal) entre el año pasado y lo que va de éste (750 mil en 2008 y más de 250 mil de empleos formales en los últimos meses, el 4.3% de la PEA; ojo, 27% de los ocupados están en la informalidad, según las benévolas cifras del INEGI); sino también de un sector duro de empresarios, algunos de los de mayor preeminencia, Slim (cerca del 7% del PIB bajo su férula) y Servitje ("este gobierno corre el riesgo de haber terminado de hecho —que no de derecho— su mandato..."), entre los que ya han intervenido en la palestra pública. La reacción gubernamental de escalar declarativamente el diferendo, pospone y dificulta el indispensable y obligado avenimiento de empresarios y gobierno, pero, sin duda, deja una fisura política significativa (dado el fuerte apoyo dado a Calderón en la campaña del 2006 y la supuesta afinidad ideológica del panismo con el empresariado) de cara al resto del sexenio y, en lo inmediato, respecto de las contiendas electorales de este año. Este primer evento explícito de un quiebre entre las élites económicas y el gobierno, no deja de ser un síntoma evidente de la crispación política en el país y de la falta de confianza (con independencia del conflicto de intereses inmediato) de un sector social estratégico; por desgracia, anuncia la radicalidad del deterioro social y económico del país. Y conste que no son a los que les va peor de ningún modo. ■■



Fecha 15.02.2009	Sección Opinión	Página 14
---------------------	--------------------	--------------

FCPyS-UNAM. Cenadeh.
alan.arias@usa.net

**Ante
lo agresivo
de la realidad
el presidente
Calderón
se parapeta
en la des-
calificación
retórica,
asimila
la crítica al
catastrofismo
e insiste
tozudamente
en la inacción
y el engaño
mediático**